

## **Cicerón, Bobbio y los viejos de hoy**

### **Cicerón y la vejez como plenitud de vida**

Para algunos, la vejez es estar cerca de la muerte, es la pérdida de fuerza y vitalidad. El anciano vive de recuerdos y cada vez puede disfrutar menos de la vida. Las canas son el anuncio del inicio del otoño de la vida. Empezamos a perder la fuerza vital de la niñez y juventud; llegan los achaques y enfermedades. “La misma vejez es enfermedad” se queja un poeta latino, los placeres de la vida se hacen más difíciles de gozar. Napoleón exclamaba que “Los ancianos que conservan las aficiones propias de la juventud pierden en consideración lo que ganan en ridículo”. Y un cínico francés de la corrupta corte de Luis XIV decía que “Los viejos gustan de dar buenos consejos para consolarse de no poder dar malos ejemplos”.

Cicerón, en un bello opúsculo acerca de la senectud, se enfrenta a esta visión de las cosas. Bellamente presenta la vejez, tras una vida bien vivida y rodeada de jóvenes que escuchan la voz fuerte del anciano cargada de experiencia y sabiduría, como una extraordinaria etapa de la vida. El viejo que al término de sus días ha hecho de su vida algo digno de ser contado, posee algo que un joven quizás no tendrá jamás. ¡Finalmente, todos queremos llegar a viejos! Envejecer es el único medio de vivir mucho tiempo. Sabiduría romana que compartían los patriarcas del Antiguo Testamento. En esos tiempos inmemoriales, Dios bendecía a los hombres santos con una larga vida, no había felicidad más grande que morir cargado de años; experiencia; sabiduría y rodeado de hijos y de nietos. Es la vida de Abraham; Job o del legendario Matusalén. El tener la cabellera y la barba poblada de canas, era señal inequívoca de haber sido besado por Dios.

Envejecer no sólo requiere de sabiduría sino que también es fuente de ella. Canas es lo que necesita el verdadero profesor para ser maestro del arte del buen vivir y del buen morir. Es cierto que quien acumula años amontona muchos pecados y dolores, pero esa misma experiencia es maestra de prudencia y buen consejo. Una larga vida, llena de actos realizados y hechos sufridos, enseña más que diez mil libros leídos. Grandes patricios han

prestado enormes servicios a la Patria, alega Cicerón, servicios que todos debemos reconocer. Y, aún más importante, los viejos que han dejado sucesores, han creado instituciones y han actuado con la sabiduría del campesino de edad avanzada que planta árboles para los que están por venir. Árboles que no harán frutos y sombras a ellos, sino que a los descendientes que se dejan. Y Cicerón aclara que "nada aducen quienes dicen que la vejez no se ocupa de los negocios, y esos tales se asemejan a los que afirman que el piloto nada hace en la navegación, ya que él se encuentra sentado reposadamente llevando el timón, cuando unos suben a los mástiles, otros van y vienen por los corredores y otros achican las aguas de la sentina. No hace lo que los jóvenes, pero realizan una labor mayor y mejor. Las cosas verdaderamente importantes no se realizan con fuerza, velocidad y aceleración de los movimientos del cuerpo, sino con reflexión, autoridad y juicio; y de esas cualidades no suele carecer la vejez, sino que las aumenta". Todo gobierno; toda comunidad y toda familia necesitan de la sabiduría; autoridad y juicio del viejo. Un dicho africano lo recuerda: "cuando un viejo se nos va, es una biblioteca entera la que se quema".

### **Bobbio y la vejez como ocaso**

Norberto Bobbio, el filósofo italiano muerto recientemente, escribió bien pasado los ochenta un libro llamado *De senectute*. Es una obra en la que contesta a martillazos la obra homónima de Cicerón, escrita más de dos mil años antes. Bobbio reclama que cuando Cicerón escribió *De senectute* tenía sesenta años. El tiene ochenta años (de hecho pasaba los noventa al morir). Y es cosa muy distinta, dice, ser un octogenario decrepito que un viejo en sentido burocrático, que pasado los sesenta años califica para jubilarse y aún tiene fuerzas de sobra para vivir.

Bobbio, reclama que hoy no es cierto lo de Cicerón, quien habla de la experiencia y sabiduría que pueden aún los viejos enseñar a los jóvenes pues, en los tiempos que a él le tocó vivir, el cambio cultural; científico y técnico es tan rápido, que son los viejos los que deben aprender de los jóvenes. Son tiempos además de secularismo cuando no de ateísmo. Cicerón invita a no temer la muerte pues cree que el alma es inmortal. Luego, al morir quien ha llevado una bella y buena vida al servicio de la república, se juntará con los sabios

y amigos de ayer. ¿Qué decir de nuestra sociedad que ya actúa como si no creyese en nada trascendente? Si todo es consumo, derroche y trabajo, ¿quién puede alegrarse de atender a un viejo? Los llamados a gastar los ahorros en mil actividades del ocioso tiempo libre, no convence a una refinada alma como la de Bobbio.

Peor es la suerte del viejo que muere solitario. A Norberto lo salvan su mujer; hijos y nietos. Esos que lo ayudan a cruzar la calle o lo soportan cuando, como un cascarrabias, reclama que cada vez se recuerda menos de lo que dicen esos libros que se amontonan silenciosamente en las cuatro paredes de su escritorio. ¡¡Qué decir de ese maldito computador que él no sabe manejar!! Pero Bobbio tiene a su familia. Sin embargo, cuando la sociedad individualista lo ha llevado a no tener hijos, los ha perdido o éstos lo han olvidado, llega la horrorosa soledad final. Es la vida muchas veces del asilo de ancianos, que Bobbio conoce y nos transmite. Una vieja de ochenta y cinco declara que después de muerto su marido ha dejado de vivir: “No debo echarme a llorar, es esto tan terrible (...). No puede imaginarse cómo es esta espera de nada. No se puede. Yo no lo sé explicar. Me entran ganas de llorar. Nuestra vida es como si nunca hubiera existido y yo, poco a poco, me estoy olvidando de todo, y cuando me haya olvidado de todo, moriré y nadie sabrá de mí”.

Bobbio, creo, tiene razón cuando se vive la vejez sumando a los achaques la soledad y el sin sentido. Ese descenso, lento, continuo e irreversible, hacia ninguna parte es triste; doloroso; indecible. Tanto así que quiso que su mujer muriese primero, para acompañarla hasta el final. Pero ello no debiera ser cierto cuando se tienen creencias religiosas cristianas. El filósofo no arremete contra la creencia religiosa, pues no sabe qué realmente hay después de muerto. La razón debe callar ante el misterio. Pero Bobbio apuesta a que entrará en el mundo del no ser, en el mismo mundo donde estaba antes de nacer. Contra eso se rebelaron Sócrates y Cicerón, ellos creyeron en la inmortalidad del alma. La fe judeocristiana habla de otro mundo donde la muerte; el mal; el dolor y la enfermedad ya no habitarán más. Pablo de Tarso lo proclama: “Cristo una vez resucitado, ya no muere más y la muerte no ejerce señorío sobre Él. Bella creencia, que debiera hacer dulce el morir. Mas, ¿por qué tanto llanto entonces en los funerales cristianos de hoy?

La soledad se hace insoportable casi siempre y para casi todos. Es cosa de semidioses o bestias el vivir solitariamente, por eso nuestra cultura se funda en eso de “No es bueno que el hombre esté solo”. Esto explica porqué nos sentimos incompletos hasta que no encontramos ese otro ser con el cual nos fundimos y generamos familia. Por eso tomamos parte y nos sentimos parte de las comunidades del barrio; la ciudad y la nación. No se equivocan aquellos que decían que “la vida sin amigos no merecería ser vivida”, porque somos seres que nacemos por otros; nos desarrollamos con otros y vivimos para otros. Cuando las sociedades posmodernas de Europa dejan de creer en lo anterior, cuando la búsqueda de la felicidad individual lo es todo, empieza a reinar la soledad. En París, la mitad de sus habitantes viven solos porque optaron por la soltería, fracasaron en sus intentos de vida en pareja o enviudaron. Algunos llegan a hablar del fin de la fraternidad humana, pues *fraternal* viene de *frater* que en latín significa hermano. Y muchos ya no tienen hijos o sólo tienen uno. ¿Quién cuidará a esos ancianos que no quisieron ser padres?

Finalmente, Bobbio acierta también cuando la vida se reduce a estudiar para trabajar; trabajar para producir el máximo de bienes y servicios al menor costo posible, para luego consumir en tu tiempo libre la mayor cantidad de bienes. Si lo anterior es cierto, ¿qué puede aportar a una sociedad un viejo pobre y jubilado que ya no puede trabajar ni consumir? Seamos sinceros en que una sociedad que valora sólo el éxito monetario, la productividad económica y el consumo suntuario no soporta bien a personas que pasada cierta edad gastan más de los ingresos que contribuyeron a generar. En consecuencia, si queremos que nuestros viejos tengan una mejor vida junto con nuestros niños, no edifiquemos una sociedad individualista y materialista.

### **Dos miradas a la Tercera Edad en el Chile de hoy**

¿Qué decir de nuestros adultos mayores? ¿Es Cicerón o Bobbio el que mejor interpreta su situación?

Tomo un estudio realizado por Fundación AMANOZ durante el primer trimestre de 2009, en un universo de 400 personas de ambos sexos residentes en 23 establecimientos de diversas instituciones, como Conapran (Consejo Nacional de Protección a la Ancianidad), San Vicente de Paul y Fundación Las Rosas, señaló una dramática realidad de abandono por parte de los familiares y amigos, lo que redundaría en una baja autoestima. El estudio realizado reveló que los adultos mayores se sienten principalmente solos, aburridos, carentes de comunicación y, en muchos casos, abandonados. Ante la pregunta: ¿Usted se siente querido?, un revelador 92% de los encuestados respondió que NO; el 5% que escasamente, y sólo un 3% que SÍ. Un 62% del total del universo manifestó tener nula relación con los otros residentes del hogar donde vive, el 19% muy poca relación y otro 19% una relación más cercana y cotidiana. La mayoría de los encuestados recordó los momentos de la vida en que eran activos; útiles y vigentes, pero con nostalgia y pena, no con el impulso y ganas de seguir adelante. “Siento que la sociedad nos ve como desechables”, dice un encuestado. Un 78% aseguró sentirse abandonado de parte de sus familiares y más cercanos.

Punto para Bobbio.

Sin embargo, quiero cerrar esta reflexión con una nota de optimismo. El estudio descrito presenta una realidad muy particular, la de los ancianos que viven en hogares de acogida. Sin embargo, se acaba de presentar un informe mucho más general y abarcante llamado “Fuerza mayor. Una radiografía del adulto mayor chileno. Año 2009”. Con el auspicio de la Superintendencia de Salud; el Servicio Nacional del Adulto Mayor; el Consejo Nacional de Televisión y McCann Erickson, Criteria Research ha encuestado a 1400 adultos mayores de todo Chile.

Hay cuatro miradas que coexisten entre nuestros adultos mayores a la hora de definir esta etapa de la vida.

La primera es llamada “Carrera”, que se asocia con una mirada más concreta y utilitaria de la vida y de sí mismo. El esfuerzo y la actividad son los ejes centrales para el

mantenimiento de la carrera, en oposición al gozo y a la pasividad: “una rueda en la que debes estar adentro”.

La segunda mirada es denominada “La travesía”. Se asocia con una mirada más autorrealizativa y desafiante de la vida: “es como comenzar a vivir la vida nuevamente”.

La tercera utiliza la metáfora de la niñez. Se relaciona con una actitud activa y abierta hacia nuevas experiencias. Se manifiesta en el aprendizaje de nuevas habilidades y en el desarrollo de actividades lúdicas. Secundariamente, se apela a la vuelta a la niñez en un sentido negativo, expresando dependencia y pérdida de la autovalencia.

Finalmente, está por cierto la visión del “Ocaso”. Refleja una actitud pasiva y rechazadora hacia nuevas vivencias y de aferrarse al pasado: “vivir de los recuerdos”. Se manifiesta en la constatación de las limitaciones propias de la edad y en las pérdidas afectivas y materiales como hechos que evidencian el deterioro y el agotamiento de la vida: “el final está cerca”.

Lo interesante de la encuesta es que la pauta dominante no es el ocaso ni la dependencia, sino que por el contrario, el vivir esta nueva etapa de la vida en forma activa y placentera, superando la monotonía y la resignación. Por cierto esto es más fuerte en los estratos medios altos y en la Región Metropolitana, más cercanos a las oportunidades de la modernidad. Un 89% de los encuestados asocia envejecer con volverse más maduro, sabio y experimentado. Un 76% declara que aún hay mucho que aprender y conocer. Un 73% dice que habiendo cumplido con sus responsabilidades, es el momento de hacer lo que se quiera. Un 47% declara que envejecer es volverse dependiente, incapaz de valerse por sí mismo. Sólo un 27% se declara sentirse un estorbo para su familia.

Punto para Cicerón.

¿De qué depende tener una u otra mirada? En primer lugar, la funcionalidad del propio adulto mayor, es decir, de su capacidad y fuerza para sentirse útil en su comunidad y

autovalente. Un segundo aspecto es el eje del sentido, es decir de la capacidad de dar significación a nuestra vida y experiencias vitales. Un adulto mayor con energías y lleno de proyectos tendrá una etapa de plenitud y alegría. La democracia chilena puede hacer aún más por la tercera edad. Nuestros adultos mayores trabajaron por la grandeza de Chile, muchos de ellos formaron familia, educaron a sus hijos y cumplieron sus deberes. Es el momento del retorno agradecido por parte de la sociedad. Su capital político no es pequeño. De ese millón y medio de chilenos, la participación cívica es alta y más de 264 000 están asociados en clubes del adulto mayor. En consecuencia, por conciencia y por conveniencia, los gobernantes que elegiremos a fines de este año deberán hacer justicia con nuestros ancianos.